

ESTHER DE CÁCERES

ESTHER DE CÁCERES

MAR EN EL MAR

MAR EN EL MAR

MADRIGALES * TRANCES * SAETAS



REUNIONES DE ESTUDIO
MONTEVIDEO

Uru
861.6
Cac
ej 2

EVIDE

ESTHER DE CÁCERES

Uru
861.6
Cac
ej.2

MAR EN EL MAR

MADRIGALES * TRANCES * SAETAS

don. autora - p 80.

Uru
861.61
Cac

MONTEVIDEO

053020



RECUERDO DE UN LAGO

MAR en el mar,
Tú y yo en la noche,
—¡en la noche sin arcos, sin puertas ni columnas!—

Mar en el mar,
y lejos de la casa de llamas,
—¡vencidos arcos, puertas y columnas!—

La noche de ojos puros ya nos mira
—sombra sin sombra—
¡Tú y yo —mar en el mar— de canto en canto.
hacia el alba encendida!

(De "El Alma y el Angel")

M A D R I G A L E S

I

CUANDO vas en tu navío
silencioso, matinal,
tan lejos vas,

que no ves cómo en mi orilla
las lágrimas son espejo
de tu Mar!

tan lejos vas...

II

EN torno a un marfil labrado
mis ojos te escudriñaron
como si fueran de hambre
y alma, pájaros de Dios
por el aire reposado
volando.

Desde entonces en mi cara
viven como desterrados.

Y en torno a un marfil sagrado
sueñan mis ojos vivir
su vida de enamorados.

III

Tú estabas como un cedro
en la mañana.

Si acercara la mano
podría agitar tus ramas
y, mirando a tu copa,
recibirte en mi cara
como rocío del alba.

Mis manos quedan quietas,
¡ay! extasiadas.
¡Sólo guardo tu imagen,
cedro de la mañana!

IV

Tú sonríes y se despierta
un jardín.

¡Qué silenciosas las flores!

¡Ay de mí!

Quiero oírte, y más fragante
es el silencio encantado
del jardín.

¡Ay de mí!

Tú sonríes...

Ya Tú y yo

somos un solo jardín...

¡Qué silencioso jardín!

¡Ay de mí!

V

CUANDO estás lejos, amor,
una guitarra de seda
y de sangre enciende el sueño
por donde pasas, amor,
con tu aire de madre selvas.

Porque estás lejos, amor,
si me miro sólo veo
ardiente rueda de fuego
alrededor,

y mi mano es una flor
que se te ha caído, sola,
en un aire de abandono,
triste flor,
perdida flor...

Cuando estás lejos, amor,
me escucho una nueva voz
—¡dolorido ruiseñor!—

VI

A orillas de un río
sentí tu mirar
Se detuvo el tiempo,
y nos vino a atar
en aquella eterna
luz de soledad.

Barca del encanto
dejamos pasar;
barca del encanto
que no volverá...
Barca del encanto...
¿me oyes suspirar?

¡Ay! no es una barca;
es, en soledad,
una nube blanca
con su quieto estar
en aire de seda,
sin saber del mar.

¡Ay, no es una nube...
es mi soledad!...
Perdí mi albedrío,
gané este mirar,
y a orillas del río
te vuelvo a buscar...

Todavía es el mismo
cautivo mirar.
Barca del encanto,
¿me oyes suspirar?

VII

EL amor y los ojos
se van buscando
a través de un espejo
que está velado.

El amor dice sombra
de noche y de verano.
Los ojos dicen luces
y doradas espadas.

Luz de los azabaches,
luz de las esmeraldas,
se encuentran en un aire
de espejos, redoblado.

Ya pasan en un vuelo
como dos pájaros...
—¡Ay, espejo de cantos,
los ojos desolados
se van llorando!

—¡Ay, espejo de llantos,
el amor desolado
se va cantando!

Queda solo el espejo
y su imagen sagrada:
—es un ave del cielo
con alas desplegadas.—

En la luz del espejo
del Espíritu Santo,
el Amor y los ojos
se están buscando.

VIII

SI miro hacia atrás no veo
más que adioses en el aire
y aquel adiós que abre heridas
en el costado invisible
del aire.

Corro a tu amor; dejo el llanto
junto a tu puerta estrellada,
y un abanico de flores
—¡un instante!—
embriaga el aire.

Pero caigo de rodillas
porque el adiós nuestro viene
desde lejos,
silencioso,
por el aire.

Mírame sufriendo adioses
que vendrán. ¡Vuelve tu cara
a mi dolorida cara!
¡Un abanico de sombra
nos está meciendo el aire!

¡Ya se quiebra el madrigal
en infinitos cristales!
Para el desolado amor
cada cristal da la imagen
de un adiós vivo en el aire.

¡Dejo tu puerta estrellada!
¡Salgo a la herida del aire!
El madrigal de este adiós
es el abanico solo
del aire!

EL SER Y EL TIEMPO

ESTAMPA DE FRESA

AMO tu ser de fresa.
Con ojos, con preguntas,
con alma lo rodeo.
¡Tú, misterioso y fresco,
mis preguntas de Amor
padeces y padeces!

Este ser de la fresa
¿dónde descansa, terso?

Está en aire de Agosto...
está en la Primavera...
y yo, en el entretiem po,
bajo un aroma incierto
le adivino las venas

Este ser de la fresa
¿dónde se apoya, tierno?

Alguna vez la noche
me apacigua las sien es,
y en el aire de un sueño
que no se sabe;
en la gran primavera
que no ha llegado,
yo te veo reclinado
sobre mi alma.

¡Ay! despierto y me hundo
en preguntas y lágrimas.
Te hago un cerco de niebla
y otra vez atravieso
con preguntas el aire:

¿Dónde apoyas tu cara?
¿Dónde apoyas tu sangre?
¿Dónde apoyas tu alma?

No es sobre mi regazo,
piedra gris del desierto;
no es en mi corazón,
que un gran canto despierta
golpeando, si te veo,
en metales y fuego...

Es en un cielo cárdeno,
es en un alto cielo
sin color, alejado,
donde sólo florece
la luna en blanco pétalo.

Este ser de la fresa
¿dónde descansa, lento?

Lo rodeo con mis ojos,
le hago un cerco de niebla...
Pero soy como el aire
de entretiem po y le dejo
escondido en colmena,

¡libre en su miel,
intacto
ser que me está anunciando
la Primavera!

L A P R I M A V E R A

¡CÓMO crece el almendro!
¡Cómo ilumina al huerto!
¡Cómo la luz se aquieta
en sus islas de seda!
Aparece de pronto
como sólo aparecen
las estrellas.

En el aire transido
de amor y primavera
yo voy cruzando el Tiempo
entre flores ligeras.

Tu lenta enredadera
de sueño, de pereza,
me traba el ser, ciñéndose
al árbol de mis huesos.

Si me pierdes en vértigos
de fragancias, de fruta,
de recuerdos de fresa;
si sueño tu colmena;
si arde mi ser entero
en hogueras de amor, manos de seda
apoyan su frescura
sobre mi sien incierta.

El Angel que sostiene
en torno de mi almendro
las primaveras,
me acerca por el aire
aquella sombra de lejana piedra:
—¡El Otoño, Dyonisos convertido,
serenamente vela
sobre este sueño de jardín efímero,
sobre esta leve flor de madre selvas!—

Ya es de una gran nostalgia
el ancho mar celeste,
y en viento de saetas
un recuerdo de adioses me lo envuelve.

Pero hay un huerto,
hay un almendro en flor, hay un silencio.
Abandono tus vértigos;
sé como es inmutable la rosa de los vientos.

Alrededor de tu misterio, almendro
nuevo, florido, eterno,
todo es un gran torrente,
y sólo en tus silencios
se sigue aquel secreto que contigo
viene a la verde puerta
del año, en primavera,
cuando mi tiempo avanza
como un río silencioso de violetas.

Recostada en tu tronco
—¡recuerdo de pasión, sangre y arrobos!—
descubro tu reposo y mi reposo
y te contemplo.

Yo vengo desde lejos,
entre flores errantes que cayeron
en un río ligero.
Me refugio en tu seda;
busco amparos de música
en tu espejo de estrellas,
y te amo, almendro en flor, luz de los huertos,
graciosa lira de la Primavera!

CONGOJA POR UN JAZMÍN

LA noche se hunde en mí como una mano
en el agua sombría de los lagos desiertos,
y toca —silenciosa— las naves y los árboles
hasta que todo es negro.

Los ojos errabundos por este sueño oscuro
viajan, y se detienen
cuando te encuentran.
¡Tú, blanco de jazmines,
tú, rodeado
de abismos de jazmines,
como un gran monte blanco resplandeces!

Y cuando te contemplo
sé tu sangre corriendo
bajo un jardín cubierto
de jazmines. ¡Como a un jazmín cautivo
te contemplo!

Lloro porque te mires
—como en las aguas ávidas
el gran Amor sediento—
en mí, para que rompa
el alba de la Muerte
la quietud y el silencio
de mis lagos desiertos.

Hasta entonces
padezco este jazmín y su deleite.

CANTO DEL SER EN EL ESTIO

EL verano se mira
en un espejo inmenso de flores extasiadas.
Besa el follaje vivo,
las magnolias ardientes, las hojas reposadas.
Llega a la gruta donde se apacigüa
la sed de las granadas. Se hace fresco en las parras.
Y el Tiempo ya descansa,
entre sombras de amor, sus encendidas pausas.

No pienso tumbas. No recuerdo días
de duelo. La Muerte se me esconde.
Los cipreses son nidos
de música. La luz es de cerezas
arrancadas con vértigo
por la mano violenta
o la caricia lenta
de la siesta.

Amo el ser cristalino del estío.
¿Dónde están las estrellas sumergidas,
los engañosos —¡ay!— mitos del agua,
los verdaderos ángeles del agua?
Amo tu ser sombrío. ¿Qué abanico
de jazmines fragantes
balancea el aire sobre los estíos?

El sigiloso río
del Tiempo, por tu lumbre y tus sombríos
terciopelos, avanza. Sobre el puente tendido
entre tú y yo y la Muerte, tapizado
de olvido por marchitos tulipanes,
los lebreles del sueño y el lebril del verano
descansan.

Sólo en mi cabellera están despiertas
alejadas violetas de luz fría.
Quisiera detenerte, estío de los estíos,
como detengo entre mis dedos tibios
la flor,
¡prolongar esta imagen del racimo,
ser tu secreta cítara
sobre el aire del mar... ser el verano mismo!

Todavía un jazmín ciego
el aire me embalsama
despertándome.
Un canto triste sobre los jardines
rompe la luz intacta,
y cae sobre mi falda,
como un fruto maduro por el sueño,
el último nocturno del verano.

¡Canten los nuevos vientos esta muerte,
este abandono herido,
este saber de estío!
Aquel intenso piano
—pasión y terciopelo— se ha cerrado.
Ya se alejan sus ecos
entre lejanos pianos
de Amor —como los pulsos lejanos del Verano.

A UNA MAGNOLIA

ACÉRCAME los pétalos de fragante magnolia
con que, en horas de sueño,
el Amor poderoso ilumina mi sombra.
En la sien, en la palma, entre ébanos de noche
tus pétalos reposan.
No los turba el ardiente llamado de mi pulso,
ni del santo madero la grave y sorda música.
Hasta que alguna vez los clavo con mis ojos
en una cruz severa,
y una herida sin sangre les descubro.
—Es una saeta oculta
que atraviesa en verano el claroscuro
del agua pura y quieta en los lagos nocturnos.—

Gime el ser en silencio. Con mi fuego dialoga
tu distante fragancia, tu impasible blancura.
De lejos nos contestan, en el aire nocturno
de jardines y selvas, las cítaras insomnes.
Me acerco a ti; te busco
la herida misteriosa que sólo yo conozco.

Todos mis huesos cantan despiertos, dolorosos,
el canto en que se queman,
sin quemarte, en la sombra.

Tú acércate; amortigua esta sedienta lumbre.
Acércame en el fuego tus frescos, apacibles
pétalos de magnolia.
Tú
acércate, magnolia!

CANTO AL OTOÑO

¡O TOÑO, isla del año,
corazón de los días,
suave sangre!
Tú desatas mis lágrimas;
abres todo el secreto
de mi ser, y escondidos topacios
fluyen como un río de oro;
van a tu gran río de oro
entre árboles de otoño, entre topacios.

Aquí, donde te busco,
bajo el cielo del Sur, te transfiguraras,
cuando nace la Luna,
que sobre otros paisajes toca flores
de primavera
junto al ser silencioso de los lagos.
Aquella Luna mira
claustros donde pasearon
seres que amo;
se refleja en aljibes que copiaron
sus voces y sus caras;
ilumina una tumba en que los huesos
sustentan la esperanza;
cruza la noche de los encinares;
llega aquí, y te convierte
en un lagar profundo
donde se nutre y santifica el año.

Tú me miras y el Ángel del otoño
llora; te vas tornando dulce,
apacible y plateado
como los olivares
de antiguo llanto
y de agónico ser en soledades.

Tu mano extiende niebla,
y ya no es más la niebla del otoño,
sino un velo sagrado,
memorial de aquel velo en que se ha dado
la Eterna Imagen.

Ya no podré perderme
nunca más entre nieblas, vagabunda.
Soy Verónica tuya, y te recibo
en este velo nuevo
—párpados, frente, sienes del otoño...—

Bajo la niebla en que se ve tu cara,
sobre la gran tristeza enjardinada
siento la paz inmensa
y el signo del amor en el otoño
—¡rocío de sangre!—



Otoño, isla del año,
jenséñame tu pausa,
tu gran luto dorado!
Sean, mis actos y cánticos,
aprendices de otoño;
nutran su madurez adentro de tus cálices.

Tú y yo por fin unidos
como el vino y el agua
—¡un solo ser de pausas
en sangre del Amor transfigurado!—

soñemos el otoño
dentro del gran topacio
de tu cáliz eterno y solitario.

UN AIRE DE TULIPANES

UN aire de tulipanes
pasa, dulce, por mi alma,
y en la niebla resplandecen
las imágenes sagradas.

Tus manos son dos tormentas
que se acercan y desatan
los antiguos ríos secretos
de las lágrimas.

Después se vuelven de seda
y me apacigüan los párpados.
Después se van a un silencio
que sólo saben tus manos.
Después son el mismo pan
de un sueño maravillado.

Mis pobres manos esclavas
lloran en sus soledades.
¡Ay, solamente las besa
un aire de tulipanes!

EL TIEMPO DE PASIÓN

ES un ciprés que nace entre antiguos cipreses,
plantado por mis manos;
mirado y remirado por los ojos que lloran
en mi cara; los ojos que te amaron
cuando antiguos cipreses eran sólo columnas
de un gran cielo tranquilo.

Música de la Muerte redobla entre tu cuerpo
y mi cuerpo. Redobla entre tu sombra
y mi sombra.
Redobla en los confines del Amor y la Noche...

Música de la Muerte llora todas tus muertes;
va corriendo entre todas
las hojas de ciprés: dice tu muerte,
y llega hasta el recuerdo
de aquel gran mediodía
del arduo amor,
—¡un melodioso estar
Tú y yo, como dos rosas,
en un resplandor mágico
de largos oros!—

Estábamos envueltos en un aire de fuente
en primavera!
Tú y yo
¡ciegos al día
y a las estatuas frías!
¡Oídos impenetrables
a la lira del aire!
¡Sólo almas reposando
sobre el alma del sándalo!

Ahora estás muerto, Amor, bajo todas las rosas
tristes, ardientes, ávidas, que mi pasión deshoja.
Y por mis sienes, como de una herida,
corre tu sangre, última flor de vida.
Ya llega a mi mejilla —sola flor sin espinas—
y canta su pasión, su vida herida.

Yo te he tendido, Amor, sobre las flores tiernas,
preso y libre de mí, nocturno y frío,
y desde mis abismos te remiro.

Ya estamos otra vez, como dos rosas,
junto a la más esbelta
fuente eterna de Amor. —Huyen redobles
de tu Muerte entre noche—.
¡Canta la fresca aurora!

E L I N V I E R N O

¿QUIÉN vierte estas violetas
y sombras de la Muerte
sobre el labrado mar
y sobre el cielo?

¿Quién da a mis ojos árboles desnudos,
y mis lágrimas lleva
desde la órbita seca
al hondo de los huesos?

Nieve y noche hay en ti, ser del invierno,
y si corren las aguas del deshielo
en la clara mañana, no alimentan
vivas raíces de amor ni crisantemos.

Corren las nubes frías y veloces
sobre los doloridos
espejos, sobre aquella
transida imagen de mi amor en duelo.

Cae en cristal desatado
la gran lluvia de invierno,
y se vuelven
recogidos los oros —¡ay, esperan
que se encienda otra vez aquel concierto!—
Van tu amor y mi amor, viajeros entre el hielo.

No tengo más refugio que aquel tono
que una hoja soñolienta
puso, como una mano, en el otoño
sobre mi pecho.

Un libro queda aquí
y en él las estaciones
permanecen;
mi mano lo sostiene en aire frío,
y sólo lo defienden
mis venas escondidas
como un escudo tierno,
o el solemne recuerdo
de los días aquellos,
—cuando nos acercábamos
al umbral reposado del invierno;
cuando yo contemplaba
sobre tus hombros la fragante noche,
como una flor inserta
en la gran cruz de fuego
entre los prolongados ríos de oro
de últimos crisantemos—.

¿Quién vierte estas violetas?
¿Quién labra el mar con tonos del olvido?
¿Quién agita presagios en el viento?

Hasta que pasas,
extraño mensajero
de Amor, gloriosa nieve:
¡vas como un gran invierno
lejos del agitado
viento!

Eres un claustro
de mármoles eternos,
donde, en columnas de escondido fuego,
el Tiempo se detiene
convertido en silencio.

Y las estrellas fijas, intocadas
por los helados vientos,
alumbran Templo y Tiempo.
¡Me cobijan en lo alto,
como una rara vid fecunda en el Invierno!

PILAR DE LOS ANGELES

AL ANGEL DE LA MÚSICA

TE abres al fin e invades
con tu misterio el alba!
¡Granada del verano,
guardada
con tu sangre entre sombras
y sombra de granada!

Una embriaguez más pura que las vides
me das, y sin la sombra
de muerte con que embriagan
los vinos del lagar.

Tu profundo misterio
cerrado, no movido,
no tocado por aire, por mano, por llovizna,
hoy se me muestra.

Con los ojos vencidos
por el sol, que ya viene
dorando el día,
reconozco otro sol,
¡como un sol en la noche
el Sol que por tus dentro te madura!

¡Y te quiebras humilde, poderosa,
para ser cada día,
en celdas invencibles
vueltas al gran misterio del estío,
granada restituída,
secreto y embriaguez en mis oídos!

EL ANGEL DEL SOL

DESPIERTO en una pradera
poblada de flores frágiles,
que por tu amor se me truecan
en piedra de soledades.

Tengo que cerrar los ojos
por no cegarme
con el resplandor en que arde,
sin quemarse, tu donaire,

cuando apareces,
con pausa en un monte santo
donde te rodean los pájaros
como a un árbol.

No hay más caricia que ráfagas
de un río invisible... No hay más caricia que el ala
de tu silencio en el aire.
Y en el silencio una hoja
rasga el aire.

Ya tu voz es una flor
que canta y embriaga el alba;
su aliento aventa, sin huellas,
mi ceniza por el aire.

Ya no es flor, ya es el buril
de un zafiro solitario.
"Sonríe hasta el último día"
dice tu voz en el aire.

Yo sonrío por tu amor,
flor, zafiro burilado
inolvidable...

Y no queda de este día
más que una larga sonrisa
sobre la dulce pradera
de flores frágiles.

EL ANGEL DE LA LUNA

¡A! lejos de tu casa, lejos de tus jardines,
donde aprendí los cisnes y el amor de las fuentes,
te sufro convertido en un bosque sombrío
de silencio, de sueño, de resplandor ausente.

Bosque sombrío de amor, de delicia y de muerte
y de la sola flor que los ojos no advierten...
Es la noche profunda, pero yo te adivino
como un coral sangriento.

Venas vivas de flor, arboleda sin nidos,
tu ausencia y tu presencia son la desconocida
cítara atravesada de este sueño sin sueños.

Ya llego a tus umbrales sagrados y detengo
el paso herido, la angustiada huella...
Quiero desandar todos los caminos del sueño;
volver a ver los ríos de topacios sagrados,
desnudarme los ojos ¡mirarte custodiado
en aire lento!

Pero una mano tierna me toma el cuello triste
como si sólo fuera yo —libre de mis duelos—
recién amanecida flor de mi cara abierta.

Ya te veo aparecer... Te amo el alma extasiada.
Una alta luna quieta se asoma en soledades,
desnuda como un arpa.

Y estoy en esta puerta sin puertas de tu cuerpo
impenetrable. Olvido
venas vivas de flor, sombra de muerte;
olvido mi pasión ceñida a tus corales
de roja rama ardiente.

No hay más que una luz blanca
y mi cara desnuda bajo la luna santa.

E L L L A N T O

CUANDO estás triste crecen todos los terciopelos
y un cáliz hondo, de oro, brilla en el aire oscuro.
Tu voz amortiguada dice el jardín más solo,
donde lejanos cálices lloran un llanto mudo
que lo devora todo.

Tus maderas extrañas
de violín y de mirra arden con melodioso
acento que te oigo;
sin crepitar, en fuego,
arden; sola los oigo.

Cada día nace un cáliz en el jardín oscuro,
y mi ser lo contempla desde nueva clausura
¡tierna y triste clausura!

Si mi mano se tiende porque quiero beberte
en esta flor de oro, de pena, de aire oscuro,
violetas me detienen.

Una lenta cascada de violetas te guarda,
y desde las violetas
te miro reflejándote con taciturna pausa
en el ópalo inmenso
que espera tus imágenes al pie de tu montaña.

EL ANGEL DEL TEMPLO

DICES un cuello de marfil eterno;
lo labras con tu voz, le das la vida;
entonces sé que somos, los dos, venas
como aquellas que miro
en hojas tiernas de la Primavera
estremecida.

Siento tu sangre hermana de mi sangre.
Como dos ríos
vamos al mar de los gloriosos jaspes.

Ya lloro nuestros cauces separados;
ya canto el cuello en que nos encontramos...
Otra vez tus marfiles se levantan;
otra vez cuello eterno tú me grabas;

y estoy en él contigo; sostenidos,
juntos en cuello de marfil erguido,
nutriendo pétalos que nos dan la vida
desde la flor que nace si respiras
en celda de silencio y de rocío.

E L S I L E N C I O

No tengo más la gruta
de tibio amanecer e inmóvil llama.
La sangre ya no avanza
en columna pausada;
mana de herida oculta;
se convierte por ti, doliente y muda,
en cielo de la noche,
sin lucero, sin sueño, sin reposo.

Ya es un cielo lejano
aquel aire cantado,
aquellos resplandores
de bronce fresco entre los terciopelos
de Dios. Un hueco se ha clavado
en el aire.

Cruzan por él, ocultos
en misterio de Amor, ángeles músicos,
como unos girasoles
de lento ser versátil,
vuelos hacia sí mismos
contemplándose.

¿Dónde estará la hiedra
que tapiza mi gruta, — inmóvil llama?

Tu resplandor lejano
cruza otra vez el aire, como un pájaro.
Como un canto de oro
inmóvil va quejándose
dentro de mí. De duelos me desata.

Mientras que, con su marcha
procesional como los pasos finos
con que la sangre antigua
avanza,
van tus pies melódicos,
silencio y suavidad sobre una alfombra
de ceniza. Ya se apagan los llantos,

¡ay! cuando en vez de Ti,
como un mar colma el alma
una herida de sangre
que trepa puente y crece
en la luz sin palabras.

Y rompo en un torrente
de hiedras y de sangre,
en la divina hiedra o en la herida del aire,
junto a la hiedra herida, en que todas mis lágrimas
guardan tu gran silencio
remontándolo
—sol y girasol solo, un gran silencio solo—
a la luz extasiada de los reinos distantes.

S I E T E S A E T A S

Luz, como una
luz en el bosque
luz en el día
con los rayos que
en las montañas
de las montañas

Un rayo de luz
en las montañas
En cada flor del campo
en cada flor del campo
en cada flor del campo

Y en cada flor del campo
en cada flor del campo
en cada flor del campo
en cada flor del campo

S I E T E . S A E T A S

I

LA primera saeta
llegó sin ráfagas
hasta el alma.
Pero las llamas quietas
se han agitado
como relámpagos.

Un rosal incendiado
son tus palabras.
En cada flor del canto
invisibles saetas
prefiguradas
hieren el aire santo.

Y no tengo más lámpara
—¡Dolorosa extasiada!—
que un rosal de saetas,
—cítara atravesada.—

II

Como la luna
corre entre ramas,
llevo mi dicha
'secreta y dulce,
ya custodiada
lejos de llamas.

—Quedó la Muerte
desconcertada.—

Cuando lleguemos
a la pradera
en alabastro
fundamentada,
ya habré olvidado
el lagar último
de esta jornada.

—Entre las ramas
llega la luna
maravillada—.

Ya se reclina
este agitado
aire de fuga
donde viajábamos...

Es la hora dulce.
Nos acercamos
a la luz alta.
Ya descansamos.

¡Tú, mi Racimo,
embriagador
racimo, embriágame!

III

Entre columnas altas
te escondes,
como una flor pequeña
en un bosque.

¡Perdido estás, perdido!

¿Te llamaré con dianas
plateadas?

¿Te llamaré con altas
campanas?

¿Te llamaré con tiernas
palabras?

¡Como a una flor pequeña,
sólo podré llamarte
con lágrimas!

IV

¡Qué lejos está el cristal
de la mañana!

Abandono melodiosas
arpas del mar,
y contemplo, en soledad,

sienes que nunca he tocado,
como dos flores de estío
ya olvidadas,

hombros de un cuerpo glorioso
bajo un madero invisible
curvados,

y la palma de tus manos,
palma hermana
de la palma de mis manos,
para siempre atravesada.

¡Como el crecer de las ágatas
y el mirar,
es callada
la gran arpa solitaria
de este Mar!

V

Con mis cabellos dorados,
para no verte los trances
de Cruz, me cubro la cara.

Con mis cabellos helados
apaciguo ardientes llamas
y flor oscura en mi cara.

Hasta mis huesos turbados
me llegan atravesando
cabellos, manos y lágrimas,

desde su torre de muerte
tus lejanos
azabaches funerarios.

VI

Sin huella's, por el aire,
como un fruto que cae
llegas a mí. Te acerco
mi desolada cara.

Como en un tronco vivo
de árbol, como en un tronco
de duro amor callado,
clavada en tu silencio
quiero quedarme.

Pero el silencio
ya no es un árbol;
es todo un bosque extraño,
y ya no sé en qué árbol
herirte la mudez, hundir mi alma,

¡Hasta que llega como lluvia dulce,
inesperada,
el susurro que canta en tus follajes
sagrados!

¡Soy perdida saeta!
Me detengo en el aire,
como encantada,
y caigo lentamente
sobre la tierra oscura,
a tu sombra entregada.

VII

Ya no escucho el ruiseñor
de los veranos.

Ahora es la siembra de sangre;
la embriaguez de nueva tierra
en alto Amor.

El corazón sepultado
es una raíz de fuego
que da flor.

En el eterno verano,
¡cómo canta el ruiseñor!

TRANCES DE AMOR

D E S T I E R R O

¡A y, qué prisionera soy!
Si desde lejos te veo,
en la cárcel de mis huesos
sufro soledad de amor.
¡Ay, qué prisionera soy!

Cuando en Ti me transfiguras,
las escalas del Amor
se encienden en quemadura.
¡Y otra vez sola me quedo
en una cárcel de fuego!
¡Ay, qué prisionera soy!

MANOS DE AMOR

¡QUÉ cercanas, qué lejanas,
tu mano y mi mano juntas!
Me enloquezco cuando siento
que entre el amor de sus palmas
una mano taladrada
les separa los dos pulsos.

Ya se acercan, ya están juntas,
como una flor con su tallo,
tu mano y mi mano juntas!
Quiero sentirles la sangre
junta;
¡las vivas raíces juntas!

¡Ay! Todavía las separa
el resplandor de una rosa
con su ser, que es, como el tuyo,
terrible, tierno, traslúcido!

Toda la noche tu mano,
convertida en una rosa,
fué sangre de sueño y flor
sobre el sueño de mi mano
silenciosa.

LA LUZ DERRAMADA

Tu resplandor se ha herido
y la herida es callada;
no vierte sangre, pero dice llaga
del inmortal costado.

La herida es una puerta de amor y de silencio.
Me detiene, de lejos, como lenta mirada.
Me encierra en soledades,
en hielo,
en impasibles
bosques del alma;
en nueva llaga nunca restañada.

Entre ciprés y mármol, una luz derramada
es la lejana sangre de esta llaga.

Así en la nueva luz —sangre trocada—
sobre tumba entre tumbas,
se levanta el Amor con nueva escala
frágil, desnuda, tensa
como aquel tallo de la madre selva
reflejada en tu voz —agua nocturna—
y florida en mis dentro y tus dentro.

¡Vuelvo a tu resplandor; busco la llaga!
Madreselvas de amor —mi alma y tu cara—
crecen desnudas en el aire eterno,
en un cielo lejano reflejadas.

E N C U E N T R O

POR los ríos de mi sangre
y el secreto de mis huesos
voy buscándote.

¡Qué silencio tan distante
tienen tu sangre y tus huesos!
No saben cómo te busco,
y en taladrado misterio
lloran mi sangre y mis huesos.

En los ríos de otra sangre,
en silencio de otros huesos,
sé que se encuentran y se aman
—sangre y sangre—
tu silencio y mi silencio.

C O N T E M P L A C I Ó N

¡F RUTO que advierto en árbol del verano,
sostenido en el aire que respiro
por invisibles manos!
Me cantas el estío,
con silencio, con luz, con escondidas
mieles que te adivino. ¡Estoy amándote!

Tiendo mi mano para desprenderte
de tu cárcel de ramas.
Ya hay un hueco en mi palma. Ya se alargan
mis dedos ávidos,
y los dentros oscuros de mi boca te sienten
dócil, como los frutos
dóciles del verano.

¡Ay, levanto los ojos
y no eres tú; ya eres un fruto de oro
entre mil frutos de oro,
sostenido por manos de los Angeles
y encendiendo un follaje de apacibles
maternas ramas!

Se apagan mi deseo y mi querella;
olvido ya estas manos, esta boca
de deleite y verano.

Y ya no soy tu abeja,
sino transfigurada
abeja que te sabe la antigüa flor sagrada.

Y me quedo arrobada
contemplándote.

PRELUDIO DE LA NOCHE

EN el jardín por donde llegaremos
hasta nueva tiniebla de desiertos umbrales,
frágiles Cireneos,
como dos brazos vivos de cruz, como dos ríos
de consagrada sangre, nos cruzábamos.

Ya me conduces lejos
de la noche estrellada. Ya hemos abandonado
la dulce noche de los surtidores
por donde te buscaban
pasos perseguidores
de mi amor vagabundo entre las flores.

Suavemente tu mano me separa
de otra noche más pura,
por la que atravesaba
—ya cerrados mis párpados sobre los ojos ávidos—
cuando en tu gran morada
de secreto diamante, todavía te me dabas
en melodiosos ángeles
del Sol o de la Luna,
llevando una granada,
una flor silenciosa o una rama
de madreSelva, — ¡ay! un marfil sagrado
en las suntuosas manos delicadas—.

Ahora es la noche de secreta escala.
Lejos el horno ardiente,
el dócil río de oro que unge pies taladrados
y el misterioso velo dibujado.

Voy olvidando el cántico
que aprendí junto a un arca
de ciprés. . . ¡Qué borrado
el huerto donde queda,
en imagen secreta, tu cuello reclinado!

No sé esta soledad. No sé mi mano
sin tu mano. Ni sé mi antigua frente
libertada de signos de ceniza
grabados por tu mano.

Pero cierro los ojos entre fuego,
y me acerco a la noche. Todavía
junto al umbral desierto están cantando
tus rosales.

Se detiene mi paso.
Quiero decir adiós al aire de preguntas
en que te he amado.
Mi boca sufre el hielo. Sólo en mis pulsos late
la sangre poderosa que se esconde en tu mano,
¡y mis pulsos se apagan
con lejanas campanas de un glorioso naufragio!

Tu mano es una estrella que luce entre los astros
lejanos;
un jazmín en la sombra entre jazmines
apagados.

¡Y alguien detiene el Cierzo!
¡Dejo la nieve muda!
Mis pies ya van cruzando el gran umbral desierto.
¡Sobre liras ardientes un Angel entre cedros
canta la Noche Oscura!



ÍNDICE

INDICE

RECUERDO de un LAUD

Pág.

Madrigal <i>tan lejos vas...</i>	9
Los ojos desterrados	11
Madrigal <i>de como un cedro</i>	13
Madrigal <i>en un jardín</i>	15
Dolorido ruiseñor	17
Madrigal <i>de aquella barca</i>	19
El amor y los ojos	21
Madrigal <i>para un adiós</i>	23

EL SER y EL TIEMPO

Estampa de fresa	27
La Primavera	31
Congoja por un jazmín	35
Canto del Ser en el Estío	37
A una magnolia	41
Canto al Otoño	43
Un aire de tulipanes	47
El Tiempo de Pasión	49
El Invierno	53

PILAR de los ANGELES

Al Angel de la Música	59
El Angel del Sol	61
El Angel de la Luna	63

	Pág.
El Llanto	65
El Angel del Templo	67
El Silencio	69

SIETE SAETAS

Primera Saeta	75
Segunda Saeta	77
Tercera Saeta	79
Cuarta Saeta	81
Quinta Saeta	83
Sexta Saeta	85
Saeta Séptima	87

TRANCES de AMOR

Destierro	91
Manos de Amor	93
La luz derramada	95
Encuentro	97
Contemplación	99
Preludio de la noche	101

ESTE LIBRO SE TERMINO DE
 IMPRIMIR EL 24 DE DICIEMBRE
 DE 1947, EN LOS TALLERES DE
 "IMPRESORA URUGUAYA" S. A.
 CERRITO, 699 — MONTEVIDEO